

«SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO» (Mt 5,48). FUNDAMENTALISMO Y PERFECCIÓN

TOMEU ESTELRICH BARCELÓ¹

RESUMEN: El presente trabajo analiza el fundamentalismo desde el concepto de «perfección». Para ello, utiliza tres perspectivas: La primera examina el modo cómo el fundamentalismo consigue semi-materializar —sin pretenderlo— la idea/esencia trascendente a la que tiende. La segunda explora cómo, una vez semi-materializada la idea/esencia, ésta es inserida (violentamente en algunos casos) en la realidad social sin reparar en los costos humanos y materiales que tal proceso implica. La tercera compara dos procesos de colectivización: la activa, asociada al fundamentalismo, y la pasiva, equiparada al proceso de anonimato social al que conducen las sociedades actuales.

PALABRAS CLAVE: Fundamentalismo, Perfección, Mística, Santidad, Sociedad.

ABSTRACT: The aim of this paper is to analyze fundamentalism from the concept of perfection. In order to do that, the paper presents three correlated arguments. The first one tries to understand how fundamentalism is able to semi-materialize a transcendent «idea-essence.» The second explores how fundamentalism tries to insert a semi-materialized «idea/essence» into society, sometimes with the use of violence, without understanding the human and material consequences of the process. The third compares two ways of becoming part of a social collectivization, one which is «active» and connected to fundamentalism, and the other «passive» and associated with the normal process of becoming part of society.

KEY WORDS: Fundamentalism, Perfection, Mystic, Holiness, Society.

Gran parte de las actuaciones humanas son motivadas por la búsqueda de una idea/esencia que no tiene existencia real en nuestro mundo. Independientemente a que se crea que esta idea/esencia goza de realidad en otro mundo, su búsqueda, y las implicaciones que conlleva esta búsqueda, gozan de existencia real en éste. A esta idea/esencia se la puede llamar de muy diversas maneras: «verdad suprema», «bien», «belleza», «justicia» o «Dios». Todos estos nombres son creaciones del intelecto humano, así como las múltiples significaciones que se le atribuyen. Al ser humano le está vedado la posesión y el conocimiento pleno de la idea/esencia. No obstante, la historia de la

¹ Doctorando en Filosofía. Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: tomeuestelrich@hotmail.com

humanidad está llena de aproximaciones, intuiciones, conceptos y significados que hacen referencia a ella. Para tener algún conocimiento sobre ella no es necesario adquirirlo a través de un saber teórico: la poesía y el cante popular, el arte y el folklore de todos los tiempos nos hablan de ella. La idea/esencia no es patrimonio exclusivo de ningún ámbito del conocimiento humano. Ni los postulados teológicos ni los filosóficos gozan de mayor autoridad que los procedentes de otras manifestaciones del genio humano. Siempre que alguna persona o grupo arguya poseer la total comprensión y pleno conocimiento de esta idea/esencia es posible que surja una actitud tendente al fundamentalismo.

Tras todo fundamentalismo institucionalizado existe una gran masa de personas que han consagrado su vida a buscar y acatar un determinado aspecto de esta idea/esencia. Todos han entrado en esa búsqueda libremente: algunos movidos por una opción político-social, otros influenciados por la religión que profesan... Nada hace pensar que tras esta búsqueda haya algún motivo perverso u oscuro. Nada hace pensar, tampoco, que el deseo que la anima sea, en sí, malo. Más bien es probable que tras ese deseo lata un propósito bondadoso que la alienta: una búsqueda sincera por clarificar alguna duda existencial, algún sufrimiento contenido que pretende su sanación, una rebelión contra lo injusto o un grito de protesta hacia algo indebido. Sea como sea, hay un elemento común en todas estas búsquedas que las iguala radicalmente: es el consentimiento a consagrar todos los aspectos de la propia vida para alcanzar un determinado aspecto de la idea/esencia desde una actitud de perfección.

La tendencia a la perfección es una tendencia plenamente humana. En las sociedades y religiones de todos los tiempos han surgido personas que se han consagrado al cultivo de alguna práctica que les acerca a ella. La búsqueda de perfección es la vía que permite acercar la esencia más íntima del hombre al bien que desea. Esta vía se dinamiza a través de un proceso de liberación social e interior. Nada hay más humano que la búsqueda con todo el corazón y con toda el alma de Dios, la verdad, el bien, la belleza y la justicia. Nada hay más inhumano que la prohibición —tácita o explícita— de su búsqueda. Si esto es así, no habría nada que temer de una persona que hubiera puesto todo su corazón en llevar adelante su búsqueda; ni tampoco de una persona que radicalizara sus acciones en función de ideas/esencias, en sí, absolutamente buenas. No obstante, suele suceder que determinadas intensificaciones de esa búsqueda desembocan en algún tipo de radicalización negativa de la idea de perfección. No hace falta citar ejemplos: es posible encontrarlos en todas y cada una de las épocas históricas. Cuando se desvirtúa la orientación de la perfección, y la búsqueda de la idea/esencia es utilizada para tender hacia el mal, falsear la realidad, destruir culturas o aniquilar masas humanas, se hace manifiesto el elemento

más desconcertante del fundamentalismo: la diabolización del deseo de perfección. Por ello, es legítimo que nos preguntemos, ¿qué es lo que hace que la búsqueda de la perfección sea, en determinadas personas, un estímulo para el bien y en otras el motivo fundamental para el mal?, ¿por qué la radicalización de la búsqueda de Dios, la verdad, el bien, la belleza o la justicia puede llevar a acciones absolutamente opuestas? o ¿qué intrincado proceso humano consigue convertir en diabólica la búsqueda de perfección?

Para aproximarnos a este problema propongo tres puntos argumentativos que se correlacionan:

1. Dios, verdad, belleza, bien o justicia son ideas/esencias eminentemente trascendentes, y como tales, irrepresentables. Son *esencias* a las que se puede tender, desear y amar; pero, a la vez, son esencias a las que no se las puede poseer, dominar o subyugar, si no es a costa de materializarlas. De la misma forma, son *ideas* que, aunque vacías de significación precisa, albergan el poder de imprimir en el alma una orientación y una búsqueda de lo esencial. Hacia estas ideas/esencias, el ser humano puede adoptar una doble actitud: la de orientar hacia ellas su pensamiento y su corazón salvaguardando su trascendencia e irrepresentabilidad; o, por el contrario, la de convertirlas en objetos semi-materializados. El primer camino es el que da lugar a una religiosidad y a una actitud social tendente a la utopía y a la mística; la segunda, da lugar a dos actitudes antagónicas: *a)* la que usa la religión para solucionar mágica o milagrosamente problemas puntuales o circunstancias adversas, y *b)* la que, por el contrario, conduce al fundamentalismo.

A la luz de esta primera división, es importante distinguir la búsqueda de los místicos de la de los fundamentalistas: la idea/esencia a la que tienden los místicos es trascendente e irrepresentable; la de los fundamentalistas, semi-materializada. ¿Cómo se llega a esa doble conceptualización? Cuando en un ser humano surge la tendencia vehemente hacia Dios, el bien, la verdad, la belleza o la justicia, surge siempre en un determinado contexto social y emocional. En muchos casos ese contexto es extremadamente violento, en otros de aparente paz... pero siempre que aparece, surge a raíz de una pulsión interior que quiere ser colmada, de alguna circunstancia anterior que ha quedado irresuelta, de un *por qué* no satisfecho que busca una respuesta, o de un deseo de paz absoluta que nada en este mundo es capaz de dar... Por muy extraños que puedan ser los motivos por los que alguien inicia un proceso de ida hacia las ideas/esencias, ninguno determina su bondad o maldad final. Así, por ejemplo, tenemos el caso de numerosas personas santas que han iniciado esta búsqueda intentando subsanar o esconder su vida pasada llena de engaño, muerte y error, y, por el con-

trario, tenemos el caso de personas de gran candidez al inicio de su vida que han terminado por asesinar a un gran número de personas guiadas por la idea de perfección.

Lo que distingue al místico del fundamentalista es que el místico, en su camino de ida hacia la idea/esencia, percibe siempre su absoluta distancia, su inefabilidad, su inalcanzabilidad... Paralelamente, experimenta una serie de cambios en su modo de percibir el proceso: Deja de concebirse el protagonista principal de la búsqueda, y se considera *un nadie* que ha sido encontrado. No concibe ya su búsqueda como una *ida hacia*, sino como un *encuentro con*. Pasa de poner el centro de la búsqueda en la voluntad (*ser más...*, *tener más...*) a ponerlo en la pasividad (*ser desposeído de...*). Progresivamente inicia un proceso de despersonalización, que le lleva a una ruptura con la materialidad del mundo. Sus anteriores imágenes de la esencia/idea se desvanecen, y surge la necesidad imperiosa de no representarla.

El proceso del fundamentalista, por otra parte, es exactamente el contrario. El fundamentalista, en su afán de perfección, atribuye a la esencia/idea significados e imágenes que cada vez la vinculan más al mundo. De esa forma convierte lo que originariamente era un proceso de búsqueda de una esencia en un proceso de creación de un objeto. Este proceso toma como elementos de caracterización atributos humanos —tales como poder, fuerza, potencia, presencia, etc.— o abstractos —verdad, justicia, etc.— y los magnifica. La magnificación de la esencia/idea, produce lo contrario a lo que en un primer momento pretendía: En vez de remarcar su trascendencia y lejanía, fortalece su inmanencia y materialidad. El resultado de este proceso es doble: por una parte, se crea una imagen semi-materializada de la idea/esencia; por otra, el fundamentalista, pierde paulatinamente su deseo de transformación personal, apertura, comunicabilidad y aceptación del cambio, y lo substituye por una actitud de seguridad en sus propias afirmaciones, de cerrazón sobre ellas y de intransigencia con todos aquellos que no las comparten.

2. El fundamentalismo, una vez ha semi-materializado la idea/esencia le atribuye un carácter divino y pretende que el mundo se le asemeje. Pretende que el resto de personas reconozcan en esa idealización la verdadera imagen de la divinidad. Pretende que todo sea *santo...* santo en el sentido de impregnar por doquier la falsa caracterización con la que ha cubierto la idea/esencia. El fundamentalismo es un proceso de creación de una *personaje*. Una vez lo ha creado, intenta crear *el escenario* en el que éste encaje perfectamente. Pero para que esta *dramatis personae* se ajuste, acople y adapte perfectamente al escenario, hace falta ejercer violencia. El miedo social que produce la violencia asociada al fundamentalismo se debe a que no repara en medios para encarnar la idea/esencia. Da igual el modo, las víctimas que

ocasiona, los destrozos que cause, el daño que produzca, las personas que devore... todo vale para conseguir hacer espacio a esa idealización; todo parece poco e inapropiado para cobijarla.

El fundamentalismo, a diferencia del proceso místico, llega a un punto en que pierde el contacto con la idea/esencia... y en su lugar entroniza la idea de *grandiosidad*. Ningún fundamentalista, al final del proceso, suspira por *lo perfecto* sino por *lo grande*. La enormidad de la idealización que produce el fundamentalismo tiene como objetivo impedir que nadie la conciba como falsa. A costa de incrementar su tamaño y desproporcionar su semblante, consigue que la idea/esencia adopte una apariencia de *inconcebibilidad*. Entre la inconcebibilidad que produce el fundamentalismo y la experiencia de infabilidad que alcanza la mística, hay una diferencia radical. Mientras la experiencia de infabilidad es fruto de la experimentación del vacío, del silencio y de la ausencia de Dios, la inconcebibilidad que produce el fundamentalismo es fruto de su esfuerzo por crear palabras capaces de albergar la magnificencia, omnipotencia, omnipresencia y estruendo atribuidos a Dios. Para el fundamentalista, Dios es el más grande, el más poderoso, el más sabio, el más justo, el más bueno... es el «Más» por excelencia. El *Más* que produce la victoria, es el *Superlativo* que borra la conciencia, es el *Plus* que alimenta la imaginación. Lo real, a su lado, ya no vale. Todo se ha relativizado en función de su presencia.

El fundamentalista es el que ha dejado de buscar la idea/esencia trascendente y ha optado por encarnar en su vida, e imponer a la de los demás, una idealización que él mismo ha creado. El fundamentalista no comprende ni que el hombre no puede traer la perfección a la Tierra ni que la perfección no es cosa de este mundo. Ha perdido de vista que vivimos en un mundo transido por la mediocridad, en el que nada es perfecto, y que todo intento por hacerlo perfecto, corre el peligro de eliminar de él todo lo que no lo es. No es tarea humana purgar la cizaña del trigo (Mt 13,24-30), sino la de contemplar como crecen a la par.

3. La búsqueda de perfección beneficia al ser humano en tanto que le permite el encuentro con lo más esencial de sí mismo. Lo que verdaderamente es esencial en el ser humano es algo que no ocupa lugar y que está en el origen de su orientación a la bondad. Si esta búsqueda de perfección se disocia de la búsqueda personal, el alma humana queda atrapada por los lazos de lo colectivo. Y lo colectivo nunca es un buen guía para llegar hasta el substrato más íntimo del alma. En vez de ello, lo colectivo nutre el alma con subproductos placenteros, puramente materiales, que ofrecen al ser humano la falsa expectativa de una felicidad plena. El proceso cómo alguien llega a convertirse en parte de un colectivo es muy sencillo: *a)* A medida que el Yo es atraído por lo accesorio, se multiplican sus necesidades. *b)* Al aumen-

tar las necesidades y darles satisfacción, surge la mayor de ellas: la necesidad de seguridad. *c)* Cuando la necesidad de seguridad está cubierta, el Yo se estabiliza y crece en confianza. *d)* Una vez el Yo ha crecido y se ha estabilizado, y vuelve a surgir en él el deseo de ir hacia la raíz que le incita a la búsqueda de esencialidad, se da cuenta que le es muy difícil ponerse en movimiento. *e)* Por ello, busca colectivos que le permitan encontrar con mayor facilidad ese substrato íntimo. *f)* Estos colectivos crean un clima que, aunque aparentemente busca lo esencial, consigue aumentar más el Yo. *g)* Con lo que éste pasa a depender absolutamente de lo colectivo y olvidarse de la búsqueda de lo esencial, que siempre es individual y solitaria.

Gracias al proceso de colectivización, el Yo se hace cada vez más grande y su capacidad de restablecer el lazo con la divinidad más remoto. Este terreno es el caldo de cultivo más idóneo para que nazcan todo tipo de fundamentalismos, puesto que a un Yo cada vez más grande, le atrae un Dios cada vez mayor. A un Yo, que se le ha dado a probar la felicidad terrena —rica en colores y formas—, ya no le satisface la cruda, espartana y solitaria esencialidad trascendente. A un Yo al que se le ha hecho creer en un Dios poderoso, ya no le satisface la imagen de un Dios humilde, escondido y suplicante. Un Yo, finalmente, que no encuentra en este mundo la perfección que imagina debe tener, y que, para más dolor, ve que los demás no hacen nada para que se equipare a la ideal, entra en un proceso en el que cualquier medio está justificado para establecer en la Tierra ese «reino celestial», absolutamente inhumano y demoníaco, que él mismo ha creado.

Por otra parte, el que alguien forme parte de algún colectivo, o que el proceso de colectivización transforme el significado que atribuye a lo esencial, no se traduce siempre y automáticamente en una actitud fundamentalista. El motivo de ello es que el proceso de colectivización produce en los seres humanos dos tipos de actitudes completamente diferentes: la actitud que tiende hacia el fundamentalismo, y la actitud que tiende a hacia el anonimato social:

- a)* el colectivismo que conduce a actitudes fundamentalistas lo podemos definir como un tipo de colectivismo *activo* en el que la búsqueda de perfección rige el modo de actuación de sus individuos;
- b)* el colectivismo que conduce al anonimato social lo podemos definir como un tipo de colectivismo *pasivo*, tendente al amoldamiento social y en el que la idea de perfección prácticamente no influye en el modo de actuación de sus individuos.

Para seguir profundizando en las formas de colectivismo hay que distinguir dos contextos en los que aparece. Estos contextos son: el religioso-institucional y el social. Ambos contextos tienen en común la creación de un Yo-colectivo que da: *a)* identidad a sus miembros; *b)* argumentos para defen-

der las posturas comunes del grupo, y c) argumentos para refutar las posturas divergentes de otros grupos. No obstante, se diferencian en que:

- a) Las sociedades crean un Yo-colectivo que prioriza lo individual y se contenta con lo material. Un Yo que tiende a lo superficial, poco exigente y apacible en tanto que no ve atacadas las posesiones materiales que le pertenecen como individuo.
- b) Las religiones institucionalizadas, en cambio, herederas de una tradición en la que prima la búsqueda de la esencialidad, crean un Yo a medio camino entre este mundo y el otro, e insatisfecho con la materialidad de éste. A diferencia del Yo social, crean un Yo que tiende a radicalizar los planteamientos grupales, exigente, y celoso de las bases teóricas sobre las que se basa su estilo de vida.

Es importante remarcar que no existen «Yoes» sociales puros ni «Yoes» religiosos puros. Los humanos somos seres que tenemos un yo social y un yo religioso que interactúa constantemente. La preponderancia que adquiera uno u otro de estos dos «Yoes» en la vida de cada individuo, determinará la tendencia personal hacia el fundamentalismo o hacia el anonimato social. Si el Yo social prima, se creará una tendencia hacia el anonimato social. Si prima el Yo religioso, hacia el fundamentalismo.

Finalmente, podemos aplicar a las sociedades esta misma relación y distinguir dos tipos: las sociedades en las que la religión no ocupa un lugar preponderante en la elaboración de sus políticas, por una parte, y las sociedades en las que la religión sí lo ocupa. El primer tipo de sociedades alienta el surgimiento de un Yo individualista y materialista. El estímulo que ofrecen al individuo para que establezca un contacto con lo esencial es mínimo y excepcional. Las religiones afincadas en esas sociedades adoptan una tendencia a contemporizar sus objetivos con los sociales. Su máxima tentación es la de conseguir relevancia social o mantener la que ya poseen: «*Haec tibi omnia dabo si cadens adoraveis me*» (Mt 4,9; Lc 4,6-7). Por el contrario, en las sociedades en las que la religión ocupa un lugar preponderante en la elaboración de sus políticas, el Yo social materialista se conjuga con la búsqueda religiosa de lo esencial, multiplicando exponencialmente las posibilidades de creación de ideas/esencias semi-materializada, de espacios sociales en los que encaje perfectamente, y de actitudes existenciales tendentes a la perfección. Por ello, en ese tipo de sociedades es donde surgen fundamentalismos con más facilidad.

* * *

El fundamentalismo es, en esencia, un proceso que tiende a semi-materializar la idea/esencia (punto primero que hemos analizado); a poner todos

los medios para encarnarla en este mundo (punto segundo); y a no diferenciar lo social de lo religioso (punto tercero). El fundamentalismo es, además, un proceso de colectivización en el que la reflexión personal progresivamente va perdiendo su lugar. Gracias a ello, la *imaginación* y la *creencia* van reemplazando el lugar que legítimamente corresponde al *pensamiento* y a la *fe*. Romper este círculo no es fácil, pero es posible. *No es fácil* porque la imaginación y las creencias ofrecen algo que, aunque sea absolutamente ficticio, es más poderoso que lo real: ofrecen la posibilidad de crear —acto divino por excelencia— un mundo a imagen y semejanza de nuestras idealizaciones y, junto con ello, el cumplimiento de la promesa edénica de *ser como Dios*. No obstante, romper ese círculo *es posible*, en tanto que la persona vuelva a coger las riendas de su propia existencia, e impida que la religión y la sociedad dirija su conciencia.

Desde el momento en que la persona recupera el equilibrio y establece una distancia entre ella, los dictámenes de la sociedad y los dictámenes de la religión, no corre ningún peligro ni de caer en el anonimato social ni en el fundamentalismo religioso. La influencia que ejercen la sociedad y la religión en su vida seguirá siendo importante, pero no aplastante. Y en la medida que toda persona equilibrada tiende a equilibrar su entorno, las sociedades y las religiones salen también beneficiadas. En una vida que se rige por la conciencia, todo vuelve a recuperar su estado natural: La Tierra que pisa vuelve a ser el espacio no paradisíaco en el que ni Dios, ni los ángeles, ni los demonios tienen un lugar explícito. El Cielo vuelve a convertirse en ese anhelo profundo del que no se tiene ninguna imagen. La idea/esencia vuelve a recobrar su lejanía, su irrepresentabilidad y su latente presencia en forma de ausencia. El Hombre vuelve a convertirse en esa creatura, indecisa y manipulable, consciente y libre, que constantemente está en búsqueda. Y la tendencia a la perfección, deja de ser una amenaza para la creación y el resto de seres humanos, y se convierte en una vía de constante humanización.

«Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto», no es un mandato humano, sino una sugerencia divina. Como tal no debe leerse desde los ojos del rigor o del voluntarismo, sino desde los de la obediencia y la pasividad. Todos aquellos grupos o individuos que adoptan actitudes fundamentalistas es porque centran su atención sólo en las dos primeras palabras de la frase: «¡Sed perfectos!». La perfección, así entendida, asume como parámetro el humano, y se convierte en un objetivo alcanzable a través del esfuerzo y de la voluntad. De esta forma, lo que subyace a la idea de perfección es algo parecido a la fuerza... y fuerza y violencia, habitualmente van de la mano. Por el contrario, si interpretamos la frase desde las palabras finales: «como vuestro Padre Celestial es perfecto», la significación cambia por completo. La perfección ya no es un acto humano, sino una actitud divina: La actitud

que trasluce el que llueva indiscriminadamente sobre buenos y malos, la que hace salir el sol sobre justos e injustos, la que no se atreve a apagar el pabilo vacilante, la que no llega a romper la caña balanceada por el viento... Desde esta perspectiva, el gran reto humano no es ya el de imponer una determinada perfección sino el de entrar en una nueva lógica que tiene a la bondad y a la pasividad como modelo.

[Aprobado para su publicación en octubre de 2005]